

seres de la noche cuya capacidad de compasión es infinita; que son la soledad misma, una despedida (*Sayonara*, pequeña ramera cuya historia marca un signo profundo en la novela, era la única de las hermanas de Monelle desde cuya habitación salía un fuerte destello de luz violeta).

El poeta Jaime García Maffla ha dicho en una ocasión que Laura Restrepo busca “indagar lo que hay de más real en la realidad”; pensamos ciertamente lo mismo.

PABLO GARCÍA ARIAS

1. Cf. Jules Michelet, *La bruja*, Madrid, Akal, 1987.



## Un nuevo Sanín Cano

### Ideología y cultura

Baldomero Sanín Cano

Otto Morales Benítez (comp.)

Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 1998, t. I, 522 págs., t. II, 502 págs., t. III, 494 págs., t. IV, 502 págs.

Los cuatro primeros volúmenes que tenemos ahora entre manos, con los editoriales que Baldomero Sanín Cano (1861-1957) escribió en *El Tiempo*, a partir de 1927 hasta 1945, son desconcertantes.

Primero, por el agrado con que todavía se dejan leer. Segundo, por la extraña sensación de que el tiempo no ha transcurrido, en ninguna forma, y como el problema de los Balcanes, para citar un solo ejemplo, de Serbia y Montenegro, sigue siendo el mismo conflicto irresoluto que marcó todo el siglo. De Sarajevo a Kosovo la perenne tensión entre Occidente y Oriente.

Al leer con cuidado estas páginas podemos rastrear, con admiración, la capacidad de Sanín para estar informado y su don para conjugar esos datos en el marco de un conocimiento de la historia y de la política internacional que aun nos sorprende,

trátase de la guerra de Manchuria o del origen del fascismo italiano.

Ya en el ámbito americano, dos polos reclaman su interés. El primero, los Estados Unidos, ante el cual mantiene una lúcida independencia. Una cabal comprensión de sus virtudes democráticas y de su pragmatismo a ultranza para defender sus intereses comerciales.



Las consecuencias del expolio de Panamá y las arteras maniobras, en pos de las concesiones petroleras, son expuestas de un modo tan puntual e irrefutable que aún hoy sentimos humillante e incómoda esa descarada prepotencia. La era del imperialismo que llevaba a Austria a incursionar en Bosnia-Herzegovina, a Italia en Trípoli, a Gran Bretaña en África y a los Estados Unidos en Panamá, Haití y Santo Domingo.

De otra parte, su inveterado afecto por Argentina lo lleva a reconocer sus aportes culturales sobre todo en el campo del teatro, así como su preocupación por el socorrido uso de la fuerza y los regímenes de facto dentro de ese esquema de inmigración y progreso, con irradiaciones a todo el cuerpo social, de la escuela primaria en adelante. El pedagogo que era Sanín Cano intuía en la Argentina de Sarmiento una utopía digna de imitarse en Colombia.

Este demócrata liberal fue un antioqueño con los pies en la tierra que convertía los editoriales en una cátedra de sentido común. Sugería allí eficaces métodos para la refrigeración del pescado y lograr así una

más equilibrada dieta nacional. O bien podía, como lo hizo el 15 de agosto de 1927, escribir el más razonado análisis sobre la nueva fe dogmática de los economistas en la privatización indiscriminada de todas las empresas públicas, con grave detrimento de la necesaria solidaridad social que el Estado debía brindar a gentes pobres y de muy estrechos horizontes de progreso como era la colombiana de entonces.

Pero lo que mantiene vivas y efervescentes muchas de esas páginas, más allá de la melancólica pesadumbre por los tercos males que denuncia, es la gracia de un estilo fresco y despojado al cual siempre nutre un humor gratificante y una erudición apropiada. Denunciar como la mayor industria inglesa “las reclamaciones de súbditos británicos ante gobiernos extranjeros”, es, por cierto, una página maestra de indignación urticante. Usar la marina inglesa para cobrar unas sábanas rotas como sucedió en Grecia, es un despropósito que Sanín, tan afecto al clima mental de Inglaterra, no puede dejar de subrayar. Era severo con sus amores para preservarlos en el alto lugar en que los mantenía su confianza.

Pero la virtud mayor del humorista es exponerse él mismo a la luz imparcial de su crítica. Rebajaba sus posibles méritos, diciendo: “Yo lo único que hice para llegar a los 93 años fue nacer en 1861; pero no me acuerdo de haber tenido parte en ese acontecimiento aunque consta en válidos documentos que estuve presente en él”.

Pero este gracejo no es nada comparado con su sincera confesión de cómo se empezó a interesar en la economía política y la hacienda pública cuando precisamente el general Rafael Reyes lo había nombrado para un cargo de esa índole. Se trata de una joya de honesta franqueza y del sobrio realismo con que contemplaba las limitaciones de un país, él mismo incluido.

Pero es el tono desconsolado con que Sanín Cano hace, en 1928, el balance del año que termina, el que no deja de perturbarnos. Se trata de un año que debía conmover a todos

sus lectores con los doscientos muertos colombianos de "la degollina" en el Magdalena. Es el tono afligente y compungido pero estricto de un hombre al cual aterra, antes que nada, el conformismo premonitorio con una situación que puede llevarse por delante cualquier asomo de vida civilizada y de preservación de valores intelectuales y morales. Escribe Sanín en aquel aparentemente remoto 1928:

*La muerte cruel, el sacrificio inútil de doscientas vidas y los sufrimientos de un doble número de heridos y mutilados toparon con la indiferencia general y con el aplauso de algunas fieras humanas. No pensaron los indiferentes ni los regocijados en que se trataba de colombianos: la patria no es para ellos una comunidad de ideas y sentimientos, sino un conglomerado incoloro de seres humanos, divididos en dos castas una de las cuales existe para ser explotada irresponsablemente por la otra (t. I, vol. I, pág. 394).*



Ante tal horror, volvía siempre al manantial vivificante de los libros y las ideas. Antológicos en tal sentido son sus obituarios, como el que dedicó a Lytton Strachey, el gran biógrafo inglés de las reinas Isabel y Victoria, o sus comentarios sobre Somerset Maughman. Pero su devoción por el dominio anglosajón no descuidaba la parcela colombiana: sus notas sobre José Asunción Silva, Jorge Isaacs, Eduardo Castillo,

León de Greiff, Germán Arciniegas o Fernando González corroboran las singulares dotes analíticas de quien fundó la moderna crítica literaria en Colombia y la ejerció con la mesura comprensiva y la capacidad de asociación y contraste, a nivel universal, que garantizan su permanencia tantos años después.



Los cuatro volúmenes preparados por Otto Morales Benítez y editados por la Universidad Externado de Colombia nos muestran, en definitiva, un Sanín Cano más agudo y polémico, más felizmente insertado en su tiempo, y más capaz de defender con las armas de la razón y el filo de sus argumentos inteligentes, el necesario espacio de reflexión en medio de una Colombia incipiente que él recorrió, viajero contumaz, palmo a palmo y hasta el final de sus días, proponiendo la asombrosa virtud de la tolerancia, sin por ello reblandecer el temple de sus principios entre compatriotas, entre quienes llegó a disfrutar incluso de "las voluptuosidades de la impopularidad".

Sufrió al vivir un tiempo en el que muchos exaltaban a Hitler, Mussolini y Franco y quemaban los libros de sus amados Thomas Mann y Stefan Zweig. Pero siempre propugnó por una vida más justa y equilibrada al intentar con sus trabajos una intercomunicación americana y al ser, en definitiva, un humanista con visión mundial. Su insaciable curiosidad mental no sólo iba hasta la Italia de Primo Levi, o la Dinamarca de Georg Brandes, sino que traía todos esos frutos a una Colom-

bia que los requería con impaciencia. Este radical de Rionegro hizo de la lectura y la escritura, por primera vez en este siglo, aquel espacio propicio en el cual podemos confrontarnos sin pagar tan alto peaje a los turbios ídolos de la sangre, el nacionalismo, el dogmatismo y la sinrazón asesina. Pensó en el lenguaje y así le dio su peso exacto a cada palabra. Por ello, releer a Sanín Cano es volvernos un poco más humanos. Más fervorosos y más desencantados.

JUAN GUSTAVO COBO  
BORDA

## Entre el arte y el trabajo manual

### Artesanías de la palabra

Blanca Inés Gómez Buendía  
y Luis Carlos Henao de Brigard  
(compiladores)  
Editorial Panamericana, Bogotá,  
2003, 335 págs.

Reunir en un solo volumen la experiencia de quince escritores, es una tarea bastante difícil. Pese al esfuerzo de los dos autores, su ejercicio se aproxima más a la recopilación que a la compilación, pues la selección realizada a manera de antología carece de un criterio de ordenamiento y de selección. En el prólogo (presentación) no se explica el criterio que los dos compiladores tuvieron para escoger a una mayoría de creadores vinculados a la Universidad Javeriana, nueve en total, casi todos jóvenes catedráticos, poetas y narradores. Creo que es una forma de destacar su labor, alternándolos con otras voces de reconocida y larga trayectoria (Germán Espinosa, R. H. Moreno Durán, Henry Luque Muñoz, Óscar Collazos, por ejemplo). Recordemos que tanto Blanca Inés Gómez como Luis Carlos Henao son docentes de dicha universidad, de quienes esperábamos un prólogo o unas notas preliminares más profun-